

**NUEVOS APORTES A LA SATISFACCIÓN DE NECESIDADES  
DESDE LA PSICOLOGÍA SOCIAL CRÍTICA**  
Ángel Rodríguez Kauth

**ÁNGEL RODRÍGUEZ KAUTH**  
PROFESOR DE PSICOLOGÍA SOCIAL  
Y DIRECTOR DEL PROYECTO DE  
INVESTIGACIÓN PSICOLOGÍA POLÍTICA,  
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE SAN LUIS, ARGENTINA  
(E-MAIL akauth@unsl.edu.ar)

## RESUMEN

Luego de más de 25 años se retorna al quehacer en el tema de la satisfacción de las necesidades.

En este caso se lo hace teniendo en cuenta la utilización de mecanismos sociales —desde una perspectiva crítica— en la satisfacción de las mismas, a lo cual se le agrega un tema original para la época, cual es el de las demandas ecológicas.

**PALABRAS CLAVES:** Ecología Social, Psicología Social Crítica, Necesidades, Motivación

## ABSTRACT

*After more than 25 years, the chore is recaptured in the topic of the satisfaction of the necessities. In this case he makes it to him keeping in mind the use of social mechanisms —from a critical perspective— in the satisfaction of the same ones. to that which is added an original topic for the time which is that of the ecological demands.*

**KEY WORDS:** Social Ecology, Psychology Social Critic, Necessities, Motivation.

## 1. INTRODUCCIÓN

Hace ya un cuarto de siglo (1974) escribí un artículo sobre la satisfacción de las necesidades desde una perspectiva psicosocial. 25 años es tiempo suficiente como para revisar las tonterías que pudieron haberse escrito en algún momento y, sobre todo, por la necesidad de: a) revisarlas a la luz de los conocimientos adquiridos; y b) ajustarlas a los nuevos desarrollos políticos y sociales que atraviesa esta finisecularidad vigesimonónica.

Entiendo que el estudio sistemático de las necesidades sociales, como así también de las diferentes formas de satisfacerlas, puede ser motivado por diversos aspectos la realidad más inmediata. En primer lugar, es preciso destacar que la ineficiencia en la actividad de consumo mercantil en la sociedad contemporánea –denominada conceptualmente como «frustración de consumo»– revela la experiencia de que el consumo de mercancías no siempre contribuye al bienestar y, a veces, incluso lo empeora. Por otra parte, ya se conoce que la dinámica cosificadora de la sociedad de consumo va generando un profundo malestar y ciertas patologías sociales. Por ejemplo, el «síndrome Micawber» es un término popular inspirado en un personaje de la novela *David Copperfield*, de C. Dickens, el cual es utilizado para describir a aquellas personas que gastan su dinero de forma incontrolada. Se ponen así de manifiesto conductas compulsivas sobre una gran cantidad de actos rutinarios de la vida diaria y se suele utilizar la expresión «las otras adicciones» (al alimento, a la compra, a la televisión, a Internet, al juego, al trabajo...). Los japoneses han puesto nombre a la muerte provocada por el estrés: *Karoshi*. Agotadoras jornadas de trabajo intensivo para mantener el status social y abrirse paso en un contexto fuertemente competitivo. El hartazgo por un estilo de vida que impulsa a ganar más dinero, a comprar más y a ascender en la escala profesional y social, ha hecho aparecer la tendencia conocida por *downshifting*, con 44 millones de norteamericanos.

En segundo lugar, es preciso advertir que para muchas poblaciones del mundo el problema no es la eficiencia de sus niveles y formas de consumo en relación con el bienestar, sino simple y llanamente de eficacia para alcanzar unos niveles mínimos de consumo que les permitan vivir con dignidad. Con lo siniestros e imprecisos que puedan ser los

números, en nuestro mundo actual alrededor 1.300 millones de personas carecen de acceso a agua potable, 2.500 millones no disponen de servicios sanitarios y cada día mil millones de seres humanos se acuestan sin haber comido lo suficiente.

La necesidad, en su significado y uso común de «carencia», puede existir en un contexto de abundancia. Esta paradoja se expresa bien en el diálogo entre una madre y un hijo, que dicen se escuchó en la cuenca del Ruhr:

- Madre, ¿por qué nuestra casa está tan fría?
- Porque no tenemos carbón.
- ¿Y por qué no tenemos carbón?
- Porque el padre está sin trabajo.
- ¿Y por qué padre está sin trabajo?
- Porque hay demasiado carbón.

La existencia de estados cõ@necesidad no es fruto de la ausencia de intensidad en las actividades económicas, sino que, al contrario, puede ser la consecuencia de la presencia de sobreproducción, lo cual nos remite a las formas de organizar la participación de todos en el producto social, es decir, a la estructura de distribución de los bienes y servicios. Desde la perspectiva de la unidad familiar, lo central del análisis es la distribución de los activos productivos, las reglas que gobiernan su empleo y las posibilidades individuales de su transformación en satisfactores eficientes. O, si se prefiere en el lenguaje del enfoque de capacidades y libertades de Amartya Sen<sup>1</sup>, prestar atención directa a los «funcionamientos» valiosos que componen nuestra vida y a la capacidad de realizarlos.

Por último, hay un tercer aspecto que no conviene olvidar y sobre el que cada día hay más evidencia empírica: el problema de la sostenibilidad e ineficiencia ecológica de los estilos de vida. La relación de esta variable con la satisfacción de las necesidades aparece explícitamente desde que el Informe Brundtland popularizó la idea

---

<sup>1</sup> Premio Nóbel de Economía 1998 que rompió con los moldes neoliberales con que se otorgaba dicho galardón

del *desarrollo sostenible*, vinculando el objetivo de satisfacer las necesidades humanas de las generaciones presentes sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas adecuadamente (CMMAD 1987, 67). Resumiendo, cualquier abordaje en la temática de las formas mediante las cuales se satisfacen las necesidades en el actual contexto globalizador debe tener presente estas tres variables relacionadas: la eficiencia, la eficacia y su sostenibilidad.

## 2. LA SATISFACCIÓN DE LAS NECESIDADES SOCIALES

La noción de necesidad social resulta difícil de expresar, como consecuencia de ser un producto cultural, fruto de un consenso imperfecto. Para unos, la necesidad no es sino los deseos que fluyen libremente de individuos soberanos, para los que la sociedad es el escenario en el que ejercen su soberanía. Para otros, es el fruto inducido por procesos sociales complejos. La noción de necesidad remite a una doble significación, como carencia y como potencia, privación y capacidad (Max-Neff, 1993), y tiene un carácter histórico-social, variando en el tiempo y con la formación social.

Aunque no vaya a detenerme en el proceso de generación y desarrollo de las necesidades sociales, conviene recordar, para poder delimitar un marco analítico, que éstas quedan definidas a partir de un doble contexto: 1) el económico y 2) el cultural-simbólico. Es preciso tenerlo presente porque cualquier intento de construir un enfoque —diversos autores hablarán de teoría, con sus atributos de objetividad y universalidad— de las necesidades básicas, a partir de la identificación de un núcleo duro de necesidades humanas que no puede ser relativizado sin cuestionar la propia condición humana, debe ir acompañado de una reconstrucción del espacio simbólico del campo del deseo (Riechmann, 1998). Por otra parte, y desde la óptica de la satisfacción, esta doble referencia nos ayuda a hacer dos consideraciones de interés relacionadas con los problemas de la eficiencia y la sostenibilidad:

- a. La producción de mercancías no tiene por qué cubrir todas las necesidades. En el mercado los bienes tienden a ser unívocamente valor de cambio y en la lógica del mercado-capital no tiene por qué existir equivalencia o proporción entre valores de cambio y

valores de uso, entre precios de los bienes y su capacidad de cubrir las necesidades de los individuos; y

- b. La vida en una sociedad dividida en clases y el componente simbólico de la mercancía hacen surgir *necesidades relativas*, definidas como aquellas que sólo existen en la medida en que su satisfacción nos hace sentir superiores –o iguales– a nuestros semejantes. En la satisfacción de este tipo de necesidades se suelen emplear los llamados *bienes posicionales*. Son bienes de consumo individualizado que denotan una jerarquía en la pirámide social.

Junto a esta primera diferenciación entre necesidades *relativas* y *absolutas* se puede añadir, a efectos analíticos, una doble distinción:

- I Necesidades *materiales* (aquellas que requieren niveles materiales mínimos para su satisfacción; ejemplo: necesidades de subsistencia y protección) e *inmateriales* –aquellas que no tienen tales requisitos– (Jackson y Marks, 1996). Interesa esta acotación porque las inmateriales van a depender más de los procesos sociales que de los objetos para su satisfacción. Las necesidades de afectividad, identidad, participación, libertad, etc., van a exigir procesos sociales, políticos y los llamados bienes relacionales.
- II Necesidades *instrumentales*, aquellas que sirven para la producción o transporte de los objetos que son satisfactores para la realización de las necesidades de las personas, que denominamos necesidades *finales* (Sempere, 1998). ¿Cómo incide, entonces, la globalización en la generación de necesidades sociales? ¿Qué jerarquía está como preferente?

Otra distinción de importancia para el propósito de este análisis es la que existe entre necesidades y satisfactores de la necesidad (Max-Neff, 1993). De alguna manera me he referido a satisfactores al introducir los bienes posicionales, los relacionales, etc. La relación de los satisfactores con las necesidades es la de los medios con los fines.

Es deseable resaltar que «[...] no existe correspondencia biunívoca entre necesidades y satisfactores. Un satisfactor puede contribuir simultáneamente

*a la satisfacción de diversas necesidades o, a la inversa, una necesidad puede requerir de diversos satisfactores para ser satisfecha»* (Max-Neff, 1993, p. 42). En consecuencia, no todos son igualmente eficaces y eficientes en relación con una necesidad, y no hay una sola forma de satisfacción de las necesidades ni un solo patrón de consumo universal. La globalización, ¿impone la tendencia hacia una pauta uniforme?

### 3. EL PROCESO DE REVELADO DE LAS NECESIDADES Y ASPIRACIONES SOCIALES

Es posible contemplar la realidad de las necesidades sociales utilizando como símil el arte fotográfico. De la misma manera que el proceso de obtención de una fotografía requiere, además de la acción de la luz que impresiona las imágenes en la película recubierta de un producto químico, el revelado del negativo mediante un tratamiento de laboratorio, las necesidades tienen sus propias instituciones sociales de revelado. Se destacan las siguientes:

1. El mercado como revelador de preferencias individuales respaldadas monetariamente;
2. Los movimientos sociales como portadores de demandas sociales;  
y
3. El Estado que, a través de su intervención pública, otorga carácter normativo a las aspiraciones colectivas.

Junto con las necesidades de carácter individual-privado satisfechas por el sistema de mercado, los nuevos movimientos sociales e iniciativas ciudadanas dan forma a aspiraciones colectivas-postmateriales basadas en valores político-morales, éticos, estéticos o afectivos que difícilmente son satisfechos por los mecanismos de mercado. La construcción del Estado moderno, en Occidente, ha sido fruto tanto de las relaciones entre las fuerzas sociales protagonistas de la vida política y económica, como de la necesidad misma del capitalismo, ya sea en su vertiente acumulativa, ya sea en la regulativa. La indisolubilidad entre la profundización de la democracia y la construcción del Estado social hizo de éste un artífice central en el alumbramiento de las necesidades como derechos sociales. ¿En qué medida la globalización invierte la

importancia relativa de estas tres instituciones? ¿En que medida trastoca su eficacia?

#### 4. ÁMBITOS QUE PARTICIPAN EN LA SATISFACCIÓN DE LAS NECESIDADES

En la satisfacción de la estructura de necesidades se involucran básicamente tres esferas:

1. *La esfera familiar (o reproductiva)*, que a través del trabajo doméstico proporciona bienes y servicios con valores de uso, entre los que destacan los cuidados de personas dependientes y las actividades relacionales de tipo afectivo tan relevantes para el bienestar y la felicidad de las personas.
2. *La esfera de producción mercantil*, que a partir del trabajo mercantil proporciona satisfactores bajo la forma de mercancía, a los que se accede mediante los gastos de consumo personal.
3. *La esfera pública*, que interviene a través del suministro de servicios sociales, la financiación de bienes públicos y la transferencia de renta que permite el acceso de las personas a satisfactores del ámbito anterior.

Estas tres esferas no constituyen compartimentos estancos. Aunque diferentes, mantienen fuertes relaciones de interdependencia, no exentas de tensiones y contradicciones. Por ejemplo, la imbricación entre los ámbitos mercantil y doméstico se puede mostrar con el concepto de «función de producción doméstica», que considera que los bienes y servicios adquiridos en el mercado son *inputs* de un proceso de trabajo doméstico que, mediante el empleo de tiempo y energía vital, los hace aptos para el consumo en el marco de un proceso de producción de bienestar. Los cambios en la esfera productiva y, en particular, del mercado de trabajo, afectan a la organización de los tiempos dedicados a las actividades domésticas. A su vez, la esfera de reproducción condiciona la participación laboral de las mujeres (en cuanto principales responsables de dicha esfera); esto es, la oferta de fuerza de trabajo está fuertemente influida por las características del sistema de



reproducción (Carrasco, 1995). De igual forma se podría hacer referencia a las fuertes relaciones de complementariedad y sustitución existentes entre el espacio público y el familiar y mercantil. ¿La tendencia mercantilizadora, asociada al proceso de globalización, supone una sustitución (y relegación) de la esfera doméstica y estatal en la satisfacción de las necesidades? ¿Qué alcance tiene esta sustituibilidad? Siendo la noción de necesidad producto de un consenso social, ¿la globalización no afectará a la propia construcción social de la noción de bienestar? Cabe igualmente preguntarse por las dimensiones de género de la globalización: Si es un hecho que a medida que el mercado se ha extendido hacia nuevas dimensiones una proporción alta de mujeres se ha incorporado al trabajo remunerado<sup>2</sup>, generalmente sin dejar su concentración tradicional en actividades no pagadas, sobre todo en el ámbito doméstico, ¿de qué forma afecta al bienestar de las propias mujeres? «Hasta el punto que se puede hablar de valores y conducta 'femeninos' tradicionalmente asociados con el cuidado de otros y con una conducta no egoísta en la que el efecto pesa más que el círculo económico ¿es posible que éstos cambien a medida que se afianza la incorporación de las mujeres en el mercado» (Benería, 1998, p. 82), afectando así a los procesos de satisfacción de las necesidades humanas propios del ámbito familiar? ¿Es la globalización la sepulturera de los Estados-Nación? ¿Qué alcance tiene en la tradición de intervención pública en lo social?

## 5. ¿UNIFORMIZACIÓN DE LOS PATRONES DE CONSUMO?

¿Se produce una uniformización en los patrones de consumo, en la elección de los satisfactores y en las formas de satisfacción? La globalización supone intensificación y extensión de las relaciones sociales capitalistas. Las relaciones sociales vienen mediadas por la cultura. Si ésta fuera única, aquéllas tendrían una expresión unívoca y se podría hablar de un único patrón de consumo.

Centrémonos en el consumo privado de naturaleza mercantil. Desde el punto de vista económico constituye un momento indispensable de la actividad económica capitalista. Desde una perspectiva sociológica, el consumo es una forma más de socialización. El acto de

<sup>2</sup> Fundamentalmente centrado en el sector servicios y en la producción para la exportación

consumir no es un acto neutro, sino una actividad cargada de significado. La compra, en una economía de mercado, es una toma de posición, una forma de adaptación.

El desarrollo de la globalización tiene importantes consecuencias sobre los códigos, valores, comportamientos y, en general, para las culturas e identidades colectivas. Se trata de una dimensión del proceso global que se conoce como «globalización cultural». En la era de la globalización, gentes de todo el mundo están conectadas por la simbología de las mercancías, bienes de consumo con marcas reconocibles al instante y generadoras de identidad a sus poseedores. Ante esta dimensión de la globalización se reconocen diversas posturas cercanas a las siguientes tesis:

- a) «Tesis de la convergencia de la cultura global»: Según la misma, se está produciendo una paulatina universalización, en el sentido de unificación de modos de vida, de símbolos culturales y modos de conducta transnacionales, a través de un proceso de eclecticismo.
- b) «Tesis de la imposición de la cultura economicista occidental»: Algunos autores reconocen el aspecto más profundo de la globalización en aquel que penetra en la misma identidad de las personas y los pueblos, provocando la colonización cultural y la homologación de las mentalidades. La cultura dominante no se caracteriza únicamente por su contenido, sino principalmente por el método con el cual se define y difunde.

Como señala U. Beck, los partidarios de esta tesis defienden que *«está surgiendo 'un solo' mundo, pero no como reconocimiento de la multiplicidad y de la apertura recíproca, es decir, de una imagen pluralista y cosmopolita de uno mismo y del otro, sino, bien al contrario, como 'un solo' mundo mercantil. En este mundo, las culturas y las identidades locales se desarraigan y sustituyen por símbolos mercantiles, procedentes del diseño publicitario y de los iconos de las empresas multinacionales. La esencia se convierte en 'diseño', y esto vale para todo el mundo»* (Beck, 1997, p. 72).

Hay que tener en cuenta que estas dos tesis, siendo diferentes en cuanto al cómo se produce el proceso (como «aculturación» o como

«transculturación»), comparten un substrato básico, a saber, que efectivamente se está produciendo una unificación en lo simbólico. Sin embargo, un aspecto previo sería: ¿hasta qué punto se puede hablar de una cultura global? ¿En qué consiste su naturaleza? La respuesta a estas preguntas debe entender la emergencia de esta cultura en el marco de las paradojas y ambivalencias del proceso globalizador, es decir, se debe tener en cuenta la dialéctica de la globalización. «[...] con la globalización corre pareja cada vez más la localización» (Beck, 1997, p. 75). Se produce, simultáneamente, un renacimiento de lo local, como reacción y articulación del proceso global. Esto último es particularmente claro en el caso de las grandes corporaciones transnacionales, donde lo local-global constituye el eje de sus estrategias.

En consecuencia, en la esfera del consumo, junto con la inevitable tendencia uniformadora de la internacionalización de patrones como condición de viabilidad de todo el proceso económico, se aprovechan los particularismos localistas gracias a las posibilidades que abre una producción flexible que pretende superar problemas de saturación mediante la diferenciación y personalización de la demanda. De este modo, si de la mano de la mundialización mediática surge un fenómeno esencialmente transcultural que, simultáneamente, fomenta el localismo, la globalización económica, a su vez, unifica el campo económico al tiempo que la fragmentación constituye su corolario. La variedad de posibles respuestas a la insatisfacción de las necesidades dada la multiplicidad de aspectos concernidos (satisfactores, etc.), así como la polarización social vinculada a la globalización económica, ponen límites a la instauración *plena* de un único patrón.

## 6. NECESIDADES LÍMITES AL CRECIMIENTO Y DESTERRITORIALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA

La existencia de estos límites no significa, en modo alguno, la ausencia de tendencias uniformantes que apunten –al cobijo de la dinámica globalizadora y en convivencia con rasgos diferenciales locales– hacia la implantación *paulatina* de un modo de producción y consumo a escala internacional. Para determinar, pues, en sus justos términos el alcance de ese *proceso*, será necesario comparar las distintas tendencias y estrategias seguidas por los diferentes países (ricos y pobres) en la satisfacción

de sus necesidades humanas y en la utilización de los instrumentos económicos disponibles para ello. En la medida en que, a la vista de los datos, se observe una similitud tendencial en los comportamientos y pautas de consumo de unos y otros, se podrá afirmar, con conocimiento de causa, la verdadera escala y dimensiones de este proceso de uniformización.

A tenor de lo anterior, conviene tener presente que cuando se trata de explorar formas alternativas –más justas socialmente o compatibles ecológicamente– de satisfacer las necesidades humanas, es preciso partir de un hecho fundamental: aproximadamente tres de cada cuatro habitantes que encuentran cobijo en nuestro planeta tienen serias dificultades para cubrir los mínimos vitales necesarios, ya sea en términos de salud, alimentación, vestido o vivienda digna. En este sentido, merece la pena destacar que fue el Informe Brundtland el que –a pesar de sus deficiencias y ambigüedades– puso sobre el tapete una cuestión que tiempo de atraso venían demandando los economistas más sensibles a los aspectos sociales y ambientales de la actividad económica, a saber: *la reintroducción* del ser humano como fin de la propia economía. En efecto, era ésta tal vez la primera vez que en la definición de desarrollo económico aparecía como objetivo la satisfacción de las necesidades humanas presentes y futuras, en detrimento del afán mostrado por el enfoque ordinario en restringir el desarrollo al simple crecimiento del PNB. Más aún, se ponía énfasis en la «urgencia de satisfacer en particular las necesidades de los más pobres» en términos de «trabajo, alimentos, energía, agua e higiene» (CMMAD, 1987, p. 67 y 74).

Para demostrar la necesidad de un cambio de rumbo teórico y práctico que privilegiaba la vieja definición de crecimiento económico, no hacía falta más que recorrer las páginas de los informes anuales del *Worldwatch Institute* o del *World Resources Institute* y darse cuenta de que dicho crecimiento se había convertido, como solución universal de satisfacción de las necesidades, en una amenaza para la supervivencia de la humanidad también desde el punto de vista ecológico. Es cierto que el reconocimiento de esos límites no se produjo sin costes ni ambigüedades; en parte debido al carácter de «solución de compromiso» que se percibe en las páginas del famoso Informe Brundtland; en parte como resultado de los obstáculos para renunciar a nociones tan asentadas

y con un alto grado de consenso económico y político como la de crecimiento. Ya se ha puesto de relieve la vaguedad de la definición propuesta de «desarrollo sostenible» al ser acusada de mera declaración de intenciones. El precio pagado por esta actitud parece ser el reconocimiento de unos límites, pero a costa de mantener que el crecimiento económico pueda continuar su senda, eso sí, variando el tono. Sólo de esta manera se explica que en la redacción de este famoso Informe se encuentren varios pasos en los que se afirma y se niega la misma cosa simultáneamente.

Es en esta tesitura de reconocimiento ambiguo de unos límites ecológicos a la estrategia convencional de crecimiento económico para los países industriales, y de simultánea promoción de las bondades que el mismo modelo de crecimiento podría tener en los países pobres, donde se desenvuelve actualmente cualquier estrategia de erradicación de la pobreza y satisfacción de las necesidades a nivel global. Es en este escenario particular donde, mientras se apoyan y proponen, como paradigma que deben seguir los países «subdesarrollados», los «éxitos» económicos de los países del sudeste asiático (actualmente con algún matiz de desastre) en las economías industriales, simultáneamente, los partidarios de la ausencia de límites al crecimiento en la expansión económica encontraron —al comenzar la década de los ochenta— un nuevo asidero teórico y empírico que les reforzaba en sus posiciones.

En estas fechas se empezaron a percibir ciertos rasgos en la evolución de los países ricos que hacían presagiar una progresiva independencia del crecimiento económico respecto del consumo de energía y recursos naturales, de manera que la estrategia basada en el crecimiento económico para resolver los problemas de un país alcanzaba nuevos vuelos. Este proceso fue bautizado como desmaterialización de la economía, y se convirtió en realidad la amarga queja del economista alemán W. Sachs cuando constataba —en las discusiones sobre el desarrollo sostenible— una tendencia paradójica: el paso de reconocer «los límites al crecimiento» a reivindicar el «crecimiento de los límites».

## **7. HACIA UNA ECONOMÍA DE CRECIMIENTO «DESMATERIALIZADO»**

Lo relevante para nuestro objetivo estriba en delimitar hasta qué punto este proceso desmaterializador —en el caso de que se haya producido—

ha sido causa o consecuencia de un progresivo aumento de necesidades intangibles (inmateriales) que, por lo tanto, necesitan colmarse a través de satisfactores menos intensivos en energía y materiales, o ha sido, por el contrario, el proceso de globalización el que encubre la intensificación y la paralela extensión progresiva y problemática de un patrón de consumo basado en el incremento gradual de energía y materiales a nivel mundial, como forma de satisfacer necesidades.

Para refrendar el fenómeno 'desmaterializador' se adujo una triple tendencia que habría caracterizado las relaciones entre la producción de bienes y servicios y el medio ambiente. Por un lado, el progresivo surgimiento de sociedades «terciarizadas» al abrigo del fenómeno de crecimiento constante experimentado por la participación del sector servicios en el PNB. En segundo lugar, se llamó la atención sobre el gradual proceso de desmaterialización de la economía (en sentido estricto), entendiéndose por tal la disminución de los *inputs* de energía y materiales por unidad de PNB en los países industrializados. En último lugar se mencionó simultáneamente como ejemplo, el creciente proceso de «descontaminación», fruto del «éxito» de ciertas políticas ambientales en los países industrializados, que habría llevado a una reducción de la generación de residuos y la contaminación en relación con el PNB. Las tres tendencias 'desmaterializadoras' serán analizadas a continuación.

En primer lugar, al hablar de la terciarización de las sociedades se quiere dar a entender que, desde el punto de vista ecológico, los servicios generan menor impacto ambiental que otros sectores como la industria o la agricultura intensiva. Tal afirmación olvida que los servicios también poseen y necesitan de una importante base material para su funcionamiento. *«A veces uno oye hablar –escriben los esposos Meadows y Randers– de una 'sociedad postindustrial' que utilizará menos materiales porque la economía consistirá en menos industria y más servicios. La idea no tiene en cuenta hasta dónde los servicios dependen de la base material y de los materiales traídos de todo el mundo»* (Meadows, 1992, p. 111 ).

Valga lo anterior también para los modernos servicios informáticos. En la misma línea de razonamiento, se puede demostrar un hecho similar por medio del análisis de las tablas *input-output* de una economía. Dicha tarea fue realizada para Dinamarca por el economista Jespersen, quien, explorando la intensidad energética de más de cien sectores económicos, entre los que se encontraban tanto

aquellos pertenecientes a la industria pesada como los relacionados con el sector servicios, llegó a la siguiente conclusión: un millón de ecus de PNB procedentes del *sector servicios privado*, incluidos hoteles, comercios y transporte, demandaba casi la misma intensidad energética que el sector industrial ( 6.9 terajulios frente a 8.4 terajulios de este último ). Además, se daba la circunstancia de que eran precisamente aquellos servicios tradicionalmente ofrecidos por el *sector público* (educación, sanidad, etc.) los que menos intensidad energética por millón de ecus necesitaban: ‘únicamente’ 3.1 terajulios. En este sentido, se observa un hecho relevante para nuestro propósito: *la esfera pública de satisfacción de necesidades se muestra menos agresiva con el sistema ambiental sobre el que se asienta la economía que su contrapartida privada*. A este respecto, la actual tendencia a expandir el ámbito de la producción privado-mercantil a la esfera pública se compadece mal con las ‘preocupaciones ambientales’ mostradas por países del capitalismo maduro, tales como Alemania o los Países Bajos.

Una segunda razón, que apuntaría hacia la progresiva ‘desmaterialización’ de la economía, descansa sobre la posibilidad de que los requerimientos de energía y materiales por unidad de PNB hayan descendido en los últimos veinte años, poniendo de relieve una menor presión del crecimiento económico sobre los recursos de la corteza terrestre. En este sentido, es cierto que la utilización de la energía por unidad de PNB ha descendido desde comienzos de la década de los setenta hasta la actualidad. Así, por ejemplo, el número de toneladas equivalentes de petróleo por unidad de PNB en los países de la OCDE ha pasado de ser 0,33 en 1972 a 0,25 en 1995 (OCDE/IEA, 1997, II ). Para el caso de los materiales, los partidarios de la desmaterialización adujeron la experiencia de numerosos casos de procesos productivos (ciertas industrias extractivas, microelectrónica y parte de la metalurgia) en los cuales la sustitución de antiguos materiales por otros nuevos más eficientes redujo considerablemente la utilización de materias primas en la fabricación de bienes y servicios. El éxito en la reducción de los requerimientos de materiales en estas industrias se extrapoló al resto de la economía, y eso influyó en el mensaje ‘desmaterializador’ que se propuso desde la mitad de la década de los ochenta. No obstante, los datos referidos esconden una tendencia muy diferente. Así, la dependencia energética de las economías industriales se ha traducido

en un incremento del consumo de combustibles fósiles en términos globales, y per cápita, desde comienzos de la década de los setenta. Así, mientras el consumo de energía en 1972 era de 3.424 millones de Tep (toneladas equivalentes de petróleo), en 1995 ascendía ya a 4.606 millones. En términos de consumo per cápita, se ha pasado de la utilización de 4,1 Tep, al comienzo del período, a 4,6 en el final del mismo (OCDE/IEA, 1997). Aunque resulte paradójico, este resultado nos lleva a una especie de efecto realimentador en el que las ganancias derivadas de un aumento en la eficiencia de utilización de los recursos se salda con una pérdida por el incremento simultáneo en el consumo global. O como lo expresa S. Bunker: «[...] *la mayor eficiencia en el uso de las materias primas contribuye a lograr una mayor capacidad social de consumo de materias primas*» (Bunker, 1996, 83). Se tiene entonces que, aunque el aumento en la eficiencia de utilización de la energía y los materiales es un objetivo deseable, se transforma únicamente en condición necesaria –pero apenas suficiente– para reducir la presión humana sobre los recursos del planeta

Siguiendo con la misma línea de razonamiento, conviene precisar que, incluso aunque hubiera descendido el uso de energía y materiales por unidad de PNB, no hay que olvidar que desde una perspectiva planetaria de la sustentabilidad, «[...] *lo ecológicamente significativo es el volumen material absoluto de materias primas consumidas y no el volumen en relación al PNB*» (Bunker, 1996, 81). Y éste, como veremos, no ha cesado de incrementarse en lo relativo a los materiales demandados por las economías industriales. En este sentido, la mayoría de los tratamientos que han intentado analizar económicamente la dimensión material y energética de las economías, han fijado su atención en aquellos *inputs* de recursos naturales cuyo valor pasaba por el mercado. El problema aparece al comprobar que la presión que las economías realizan sobre el medio ambiente –y por lo tanto sobre la sustentabilidad– se debe en gran medida a la dimensión alcanzada por los flujos ocultos no valorados monetariamente. Estos representan, a su vez, la mayor fracción de los requerimientos totales de materiales (RTM) que un sistema económico necesita para fabricar su flujo de bienes y servicios. Tal fue la importancia de los flujos círculos para las economías industriales que «[...] *en 1991, el 55 % del total de RTM en Holanda y Japón se debían a esta clase de flujos, mientras que en Alemania y Estados Unidos dicha cifra*



*alcanzaba el 75%»* (Adriaase, 1997, p. 12). La dimensión de estos flujos ocultos ha llevado a añorar la existencia de unas auténticas «mochilas de deterioro geológico» asociadas a la extracción, producción y uso de cualquier mercancía. El problema estriba no sólo en que un porcentaje elevado de esos RTM sean flujos ocultos sino en que, además, una fracción relevante de los mismos son importados de otros territorios.

Malthus (1836), con la frescura propia de un clásico, afirmaba la realidad de muchos estados pequeños y poco fértiles que han acumulado dentro de su pequeño territorio y mediante el comercio exterior una cantidad de *«riqueza que excede en mucho a lo que podría esperarse de sus posibilidades físicas»*. Incluso el Informe Brundtland, después de pasar revista a los procesos parciales de desmaterialización en algunas economías industriales, concluía que aunque algunos se han referido a estos procesos como el aumento de la desmaterialización de la sociedad y la economía mundial, aún las economías industrialmente más adelantadas dependen de un suministro constante de bienes manufacturados básicos. Ya fabricados en el propio país, ya importados, su producción seguirá requiriendo grandes cantidades de materias primas y energía aun en el caso de que los países en desarrollo progresen rápidamente en la adopción de tecnologías eficientes en el uso de recursos (CMMAD, 1988, 262).

Por último, cabe concluir que en el ámbito de los residuos también se comprueba que su propensión a aumentar en los últimos años en todas sus formas, superando la mayoría de las veces la capacidad de asimilación del medio ambiente. Por ejemplo, en los países de la OCDE, la producción de residuos se incrementó en un 30% entre 1975 y 1990, la emisión de CO<sub>2</sub> (residuos gaseosos) a la atmósfera aumentó en 500 millones de toneladas durante la década anterior, y se mantuvo la misma tendencia alcista para el caso de los residuos industriales y los tóxicos y peligrosos.

## **8. GLOBALIZACIÓN Y TENDENCIAS A LA UNIFORMIZACIÓN DEL CONSUMO DE LOS PAÍSES POBRES**

Pero si esto está ocurriendo en las principales economías industriales, resultaría relevante establecer hasta qué punto se ha producido un fenómeno de uniformización en las pautas de consumo de aquellos países

pobres que han participado del proceso de inserción en la economía mundial aparejado a la dinámica globalizadora. Si, como consecuencia de esta participación, han existido cambios en los estilos de vida y consumo tradicionales de estas regiones respecto de la época inmediatamente anterior a esta inserción, entonces se podrá afirmar o negar la tendencia hacia esa uniformización, así como el tamaño de la misma.

Desde esta perspectiva y a nivel general es fácil demostrar que la tendencia global en el uso de los recursos sigue una tónica similar en *aquellos países más empobrecidos*: el consumo per cápita de metales y minerales se incrementó en los países de renta baja en un 144 % entre 1961 y 1989, si bien en cantidades globales sigue siendo mucho menor que en los países industriales de renta media y alta. Para éstos, el incremento en el mismo período fue del 30 y el 39%, respectivamente. En el ámbito de la energía, el consumo de los países pobres se ha triplicado en términos absolutos durante los últimos veinte años y duplicado desde el punto de vista del aprovechamiento per cápita. Estas tendencias también se confirman a nivel regional, con un aumento del *doblo* en el caso de América Latina y África y del *cuádruple* en la región de Asia. No en vano ha sido esta última zona la que, dentro de los países de renta baja, ha experimentado un mayor crecimiento económico en los últimos años. Debido a la creciente inserción internacional de las economías del este asiático en los circuitos del comercio mundial, me centraré en describir brevemente algunas de las características del caso coreano (como ejemplo de *'dragón asiático'*) y de la economía china (por su importancia poblacional) como paradigmas de la tendencia *progresiva* hacia la uniformización de pautas de consumo ejercida por el proceso globalizador. Por ejemplo, en Corea, la estrategia industrializadora basada en los polos de desarrollo y la potenciación de las urbes y aglomeraciones urbanas supuso que, entre 1961 y 1991, el consumo de energía primaria (en su mayoría importada de otros territorios) se multiplicase por 10, pasando de 9,7 millones de Tep al comienzo del período al 03.4 millones en 1991. La rápida urbanización y estandarización del modo de vida se tradujo, tempranamente, en serios problemas de congestión y contaminación ambiental. Como no podía ser de otro modo, la extensión de estas formas de ordenación del territorio y estrategias industrializadoras tenían que incidir en los satisfactores utilizados cotidianamente. Así, como muestra de ello, baste decir que

*el incremento del número de vehículos motorizados pasó de 39.000 en 1965 a 12.650.000 en 1990, con el consiguiente deterioro ambiental que crea tal incremento explosivo.*

La mayoría de las tendencias descritas se pueden observar simultáneamente para el caso chino. Con una importante salvedad: mientras el volumen de población coreana resulta escasamente relevante a nivel planetario, en el caso de China no ocurre lo mismo al acumular ésta un quinto de la población mundial. Como cabía esperar también en este caso, la homogeneización progresiva en el consumo de bienes y servicios generada por el paso gradual hacia una economía con rasgos «capitalistas» ha hecho mella en la milenaria cultura china y actualmente «[...] propietarios de negocios que hace años fueran encarcelados como 'enemigos del pueblo' lucen ahora automóviles de la marca Mercedes y se van de vacaciones a Hawai» (Ryan y Flavin, 1995, 197). No en vano casi la mitad del PNB chino procede de las empresas privadas tanto municipales como de aldeas situadas al margen del sector estatal. Esta tendencia trasladada al ámbito del consumo y de los satisfactores de las necesidades ha supuesto que, por ejemplo, en 1992 el 83 % de las viviendas urbanas poseyeran lavadoras, el 75% televisores en color y el 52% refrigeradores (Ryan y Flavin 1995, 198). Es más, un análisis de los datos demuestra que las tendencias en el consumo de bienes y servicios se mantienen, a diferente ritmo, con independencia del ámbito rural o urbano de procedencia, englobando tanto productos alimenticios que han modificado los hábitos dietéticos (mantenimiento de los cereales con un incremento considerable de la carne de cerdo, el azúcar, etc. ), como mercancías de uso duradero.

Desde el punto de vista de la movilidad, y a pesar de que el uso de la bicicleta es abrumadoramente mayoritario (400 millones), va ganando progresivamente terreno la utilización de los automóviles y vehículos motorizados. La expansión de este medio de transporte ha experimentado un espectacular crecimiento, pues pasó de 613.000 vehículos en 1970 a 5.800.000 al comenzar la década de los noventa (Ryan y Flavin, 1995, 210). No hará falta mencionar que este incremento explica una parte importante de los niveles de contaminación en las grandes ciudades, avanzando, de paso, en el proceso paulatino de sustitución del carbón, como fuente primordial de energía, por el petróleo y el gas natural (lo que también tiene sus ventajas desde el

punto de vista planetario). Se podrá argumentar, y es cierto, que la sociedad china sigue siendo fundamentalmente rural y que es apenas un tercio la población que habita en sus ciudades. A pesar de ello, si a nivel planetario ya mil millones de habitantes 'pródigos' «pesan demasiado» sobre la superficie de este frágil planeta (Durning, 1992, 248), *trescientos millones de chinos* «pródigos» añadidos no ayudan demasiado a paliar las dificultades ecológicas.

## 9. CONCLUSIÓN

Las páginas precedentes han sido un intento de enmarcar algunos puntos del debate sobre las necesidades y los patrones de consumo en un contexto mundial de dificultades económico-ecológicas. A pesar de la progresiva extensión e internacionalización de las relaciones económicas capitalistas, conviene huir de los análisis demasiado simples que confunden el carácter generalizado y homogéneo del modo de consumo euro-norteamericano como un hecho consumado a nivel planetario, con la *tendencia* hacia la uniformización de unos patrones de consumo que cobran cada vez mayor protagonismo, aunque sólo en aquellas sociedades que se insertan en la dinámica económica mundial. Pues si lo primero, como es sabido, resulta materialmente imposible desde el punto de vista ecológico y social, lo segundo es una realidad que paulatinamente gana terreno, a costa de las formas tradicionales de satisfacción de las necesidades en aquellos países que han participado de ese proceso globalizador. Se puede decir, por tanto, que con la globalización gana terreno la uniformización de los componentes materiales más relevantes en la satisfacción de las necesidades. Es por ello que lo anterior se compadece bien tanto con la demostración de que existe *una tendencia paulatina hacia la uniformación como con la constatación de que aún perviven importantes núcleos de población a nivel planetario que, o bien no disfrutan del patrón de consumo más difundido en Occidente y satisfacen precariamente sus necesidades vitales, o bien mantienen formas diferentes de consumo y estilos de vida tradicionales* (como ocurre en buena parte de África y Asia). Lo relevante en el momento actual es, a mi juicio, destacar las consecuencias de la tendencia hacia la uniformización, lo que no significa ni garantiza, naturalmente, que modos y patrones alternativos de consumo y satisfacción de las necesidades humanas sean, por esa única razón, más

justos socialmente y compatibles con la naturaleza que los actuales de los países industriales. Lo que —de paso— nos debe poner sobre aviso para reflexionar en torno a la sensatez ecológica y social de nuestras propias propuestas. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- BECK, U. (1997). *¿Qué es la globalización?* Barcelona, Paidós, 1998.
- BENERIA, L (1998) «Karl Polanyi, la construcción del mercado global y la 'diferencia' de género». *Mientras Tanto*, N° 71, Barcelona, 1998.
- BUNKER, S (1996) «Materias Primas y la economía global: olvidos y distorsiones de la ecología industrial». *Rev. Ecología Política*, N°13
- CARRASCO, C. (1995). «Un mundo también para nosotras» *Rev. Mientras Tanto*, Barcelona, N° 60, 1995
- CMMAD (1988) *Nuestro futuro común*. Madrid, Alianza.
- DURNING, A (1992) «¿Cuánto es suficiente?» En: Brown, L *et al.* (1992), *La situación del mundo* Madrid, CIP-Apóstrofe
- JACKSON, T y MARKS, N (1996). «Consumo bienestar sostenible y necesidades humanas» *Rev. Ecología Política*. Barcelona, N° 12
- JIMÉNEZ HERRERO, L (1996). *Desarrollo sostenible. la economía ecológica*. Madrid, Síntesis
- MALTHUS, T (1836). *Principios de Economía Política*. México, FCE, 1946.
- MAX-NEFF, M. (1993) *Desarrollo a escala humana*. Barcelona, Icaria, 1994.
- MEADOWS H.; MEADOWS, D. y RANDERS, J (1992). *Más allá de los límites al crecimiento*. Madrid, El País-Aguilar.
- PNUD (1992 y 1997). *Informe sobre el Desarrollo Humano*. Madrid, Mundiprensa.
- RIECHMANN, J (coord.) (1998). *Necesitar. desear. vivir*. Madrid, Catarata, 1998.
- RODRÍGUEZ KAUTH, A. «Necesidades, motivación y frustración desde la psicología social crítica» *Boletín Uruguayo de Sociología* (Montevideo), N° 21/22, 1974.
- *Lecturas y Estudios de Psicología Social Crítica* Buenos Aires, Espacio Editorial, 1997.
- RYAN, M y FLAVIN, Ch. (1995). «China. sus límites y desafíos» En: Brown, L. *et al* (1995). *La situación del mundo*, 1995. Madrid, CIP-Emecé, p. 193-222
- SEMPERE, J. (1988). «Necesidades y política ecosocialista». En Riechmann, J. (coord ), *Necesitar. desear. vivir* Madrid, Catarata, 1998.